

Enid Blyton

LA NIÑA

MÁS REBELDE



EVITA UNA
CATÁSTROFE



Texto de
ANNE DIGBY

Ilustraciones de **KATE HINDLEY**

 **Bruño**

Título original: *The Naughtiest Girl Saves the Day*
Publicado por primera vez en 1999 por Hodder & Stoughton
Esta edición se publicó en 2014
Copyright del texto © 2014 Hodder & Stoughton Limited
Copyright de las ilustraciones © 2014 Hodder & Stoughton Limited
Enid Blyton ® y la firma de Enid Blyton
son marcas registradas de Hodder & Stoughton Limited

© 2021 Grupo Editorial Bruño, S. L.
Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

www.brunolibros.es

Dirección Editorial: Begoña Lozano
Traducción: María Jesús Asensio
Edición: María José Guitián
Preimpresión: Peipe, S. L.
ISBN: 978-84-696-2810-2
D. legal: M-183-2021

Printed in Spain

Reservados todos los derechos.
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita
de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en la ley,
la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento,
comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares
mediante alquiler o préstamo públicos. Pueden utilizarse citas siempre que se mencione
su procedencia.



Enid Blyton®

LA NIÑA

MÁS REBELDE

EVITA UNA CATÁSTROFE



Texto de Anne Digby
Ilustraciones de Kate Hindley

B Bruño



CAPÍTULO 1

ELIZABETH Y JULIAN VUELVEN A ESTAR JUNTOS

—¡Puede que el tren de Londres venga con retraso! —exclamó Elizabeth con impaciencia—. ¿No crees, Joan? ¡O a lo mejor se ha averiado el autocar que sale de la estación! ¿Y si está parado en mitad de la cuesta con un neumático pinchado?

Elizabeth, nerviosa, no paraba quieta. Estaba en lo alto de la escalinata de piedra, en la entrada principal de Whyteleafe. No dejaba de lanzar miradas hacia el gran arco de piedra por el que debía aparecer el vehículo.

—... ¿Qué opinas tú, Joan? —terminó.

Joan era la mejor amiga de Elizabeth en el colegio, aunque algo mayor, pues estaba en segundo de secundaria. Era tan tranquila y sensata como temperamental e impulsiva era Elizabeth. Hizo un gesto con la cabeza y sonrió a su amiga.

—Creo que tienes mucha imaginación, Elizabeth. Eso es lo que yo creo —respondió despacio—. De momento, el retraso es mínimo.

—Pero ¡debía llegar a la una y media y de eso hace ya cinco minutos! —protestó Elizabeth—. Y yo me muerdo de hambre. ¿Tú no, Joan? Y no nos dejan entrar en el comedor a almorzar hasta que haya regresado todo el mundo de las vacaciones...

Era verdad que Elizabeth tenía hambre y le disgustaba que ese día el almuerzo fuera a retrasarse. Hasta donde ella estaba llegaba el delicioso aroma de las sabrosas empanadas que se horneaban en los grandes hornos de la cocina. Bastante antes había visto al personal doméstico preparando montones de patatas y zanahorias nuevas del huerto del colegio. Sin duda, ahora estarían cociéndose alegremente. Siempre había una comida excelente después de las vacaciones, pues muchos escolares llegaban hambrientos tras el largo viaje de vuelta al internado.

Pero eso no era todo.

—Joan, en realidad estoy deseando volver a ver a mis compañeros de clase —confesó—. Sobre todo a Julian. Tengo muchas ganas de contarle la noticia que la señorita Ranger ha puesto en el tablón de anuncios. ¡Va a hacer que nuestras clases de lengua sean apasionantes!

La mayoría de los estudiantes de primero de secundaria habían ido a casa para pasar las vacaciones, incluido el gran amigo de Elizabeth, Julian. Ella había continuado en el colegio y asistido al campamento de verano que se había instalado en los terrenos escolares. Había tenido momentos dulces y amargos, pero en conjunto había sido una experiencia maravillosa. Ahora

esperaba con impaciencia la segunda mitad del trimestre de verano, dormir en una cama de verdad y volver a la vida normal.

—¡Hola, Daniel! Eres de los últimos en llegar —gritó alegremente a un descapotable que pasó por delante. Daniel Carter era uno de sus compañeros de clase y vivía en el pueblo de al lado. Como a todos los alumnos que vivían cerca de Whyteleafe, le llevaban al colegio en coche—. ¡Tendrías que haber sido de los primeros!

El muchacho, rubio y pálido, iba en el asiento trasero del descapotable leyendo un libro. Levantó la vista un momento, devolvió el saludo a Elizabeth y enseguida se concentró de nuevo en el libro.

—¿Has visto el autocar? —gritó, pero el coche ya había pasado y sus palabras se las llevó el viento.

—Debe de ser divertido ir en un descapotable como ese —comentó Joan—. Qué chico más curioso es Daniel, ¡leyendo un libro mientras su padre le trae en coche!

—Sí, parece que prefiere los libros a las vistas, los sonidos y las amistades. Creo que es muy tímido.

—Pues se le da de maravilla quejarse de la gente en las reuniones del colegio —señaló Joan—. Esa no es la mejor manera de hacer amigos.

—Es verdad. ¿A que tuvo gracia aquella vez que protestó porque Arabella le estaba haciendo burla? —comentó riéndose Elizabeth—. Cuando se levanta y sale con esas quejas y esos enfados tan tontos parece un niño pequeño. Es una pena que no aprenda a ser más sociable, porque a la gente le caería mejor.

—Espero que, con el tiempo, Whyteleafe lo pule un poco —contestó Joan sonriendo—. Tú lo sabes mejor que nadie, Elizabeth. ¡Al principio eras la niña más rebelde del colegio!

—Aún me avergüenzo. Ay, Joan, ¿a que era odiosa? Hice todo lo posible para que me expulsaran, ¿verdad? —continuó—. ¡Del mejor colegio del mundo!

—Me alegro mucho de que no lo consiguieras —dijo Joan en voz baja, apretándole la mano a su amiga—. En serio.

Instantes después, un enorme autocar con un cartel que decía «Colegio Whyteleafe» en la parte frontal cruzó el arco de entrada.

—¡Ya está aquí! —gritó Elizabeth—. ¡Hurra! ¡Ya ha vuelto todo el mundo!

El autocar se detuvo al pie de las escaleras. Todos los chicos y las chicas que habían viajado en tren desde Londres salieron disparados. Elizabeth corrió a saludarlos. Acto seguido, Joan, como correspondía a una monitora de segundo curso, se dirigió con paso más solemne a recibir a algunos de sus propios compañeros de clase.

—¡Julian! —lo llamó Elizabeth a voz en grito mientras sus rizos castaños rebotaban arriba y abajo.

—¡Hola, niña más rebelde! —contestó sonriendo Julian con su primo Patrick detrás—. Bueno, y ¿qué tal fue el campamento?

—¡Fantástico! Pero, oye, hay una estupenda noticia en el tablón de anuncios. ¡Ya verás! La señorita Ranger la ha puesto esta mañana. ¡Este año le toca a nues-

tro curso montar la obra del teatro de verano! Se representará al aire libre, en los terrenos del colegio. Si queremos formar parte, tenemos que apuntarnos. Las audiciones se realizarán en las clases de lengua. —Elizabeth llevaba alrededor de una hora aguantándose la noticia y ahora le salía como un torrente—. Oh, Julian, ¿no sería divertido que tú y yo consiguiéramos los papeles principales? La obra se titula *Una aventura en el bosque*, ¡y la han escrito las codirectoras! —Agarró de la mano a Julian y tiró de él—. ¡Vamos corriendo! Si nos damos prisa, seremos los primeros en poner nuestros nombres en la lista.

—¡Eh! ¡Cálmate, señorita torbellino! —respondió Julian con gesto alegre.

—Sí, calma, Elizabeth —intervino sonriendo la señorita Thomas mientras dirigía a los últimos niños desde el autocar. ¡Se había dado cuenta de que la niña más rebelde se quería llevar a Julian!—. En estos momentos Julian no tiene permiso para irse a ninguna parte. A todos los que han viajado en el tren de Londres se les ha ordenado que vayan derechos al comedor en cuanto se hayan aseado un poco. Te sugiero que hagas lo mismo, Elizabeth. Todos estamos hambrientos. Sea lo que sea, podrá esperar.

Elizabeth suspiró y supo que tendría que ser paciente.

